

dria el alma si no pensase más que en su salvacion, en los intereses de Dios, y si en él pusiese todo su deseo y toda su esperanza! El mundo pasa, y todo cuanto ama y desea el mundo pasa con él. Sus placeres seducen, sus gustos se

inician agradablemente; empero al fin hieren y dan la muerte.»

El retiro exterior no basta; para satisfacer un corazon que arroja de sí las ideas á intereses mundanos para ocu-



Copia de la Sacra Familia, de Rafael.—Grabado del baron Desnoyer.

parse de sí, preciso es unir el retiro interior que consiste en el espíritu de recogimiento y de la oracion. Un alma separada de todas las distracciones de los sentidos, busca en Dios y halla en él esa pura satisfaccion que no puede encontrarse en criatura alguna. Un respetuoso y frecuente recuerdo de

la presencia de su Dios embarga su espíritu; un vivo y ardiente deseo de agradarle y de hacerse digno de su amor ocupa su corazon: en su querida soledad no respira sino amor; lo olvida todo para no acordarse sino de él solo.

San Juan Bautista, retirado en el desierto, pasó así má

SEGUNDA SERIE.—1863.

AÑO XXI. 15

de treinta años en una austera penitencia. Su vestido era un cilicio hecho de piel de camello, que sujetaba á su cintura con un ceñidor de hierro. Vivía desconocido al mundo con el continuo ejercicio de la oración y de la meditación de las cosas santas. Al fin Dios sacó aquella luz de las tinieblas que ya ocultaban; él que debía preparar el camino al Hijo de Dios, recibió del cielo mismo la orden de manifestarse al mundo. El año XV del imperio de Tiberio, cuando aquel bárbaro tirano gobernaba el mundo desde la isla de Caprea, y diez-maba sus habitantes, es decir, en el año treinta de Jesucristo, se dejó oír la palabra del Señor á Juan en el desierto, y vino al Jordán á los alrededores de Jericó. Predicaba el bautismo y la penitencia, y anunciaba la venida del Mesías; todas las gentes del país acudían á él, y los pueblos conmovidos por sus predicaciones confesaban sus pecados y recibían su bautismo.

Mientras bautizaba San Juan é instruía á los pecadores, el Salvador de los mismos pecadores, el justo, el santo por excelencia, Jesucristo, en fin, quiso también ser bautizado por él. Para esto vino desde Nazaret á las márgenes del Jordán, y se presentó para ser bautizado como los demás. San Juan recibió en aquel momento una luz de lo alto que le hizo conocer que Aquel que humildemente venía á pedirle el bautismo era el Mesías, el Hijo de Dios, el que iba á salvar al género humano. Lleno entonces de veneración y de respeto, se escusó de bautizar al que sabía que era su salvador, Dios, que venía á quitar los pecados del mundo. Así lo proclamó delante de las turbas; empero obligado á ceder á Aquel que venía á cumplir todos los actos de justicia y de humildad, lo bautizó en el Jordán.

Juan continuó bautizando á los que á él acudían, hasta el momento en que fué preso por Herodes. La causa de su prisión fué la libertad con que reprendió al Tetrarca Herodes todos sus crímenes. En el año treinta y dos de Jesucristo, uno antes de que se verificase su Santa Pasión; fué decapitado el Precursor y su cabeza ensangrentada fué el premio de una voluptuosa danza verificada en medio de un vergonzoso festín por la joven Herodías.

El buril del célebre Desnoyer nos ha conservado la estampa en que se representa al Divino niño y al santo, su precursor.

Desnoyer no había nacido para artista; y así como otros artistas célebres han visto oscurecidos por la pobreza sus primeros años y combatida por esa misma pobreza su inclinación, Desnoyer era hijo de padres ricos y bien acomodados, y solo su afición al arte le llevó á ser una de sus más brillantes lumbreras. Apenas tenía diez años, cuando ya con un clavo, ya con una punta cualquiera, ensayaba sobre planchas de metal el grabar las estampas que más le gustaban y caían en sus manos. Tanta afición, hizo que su padre cediese á su inclinación y le diese por maestro á monsieur Darcin, aventajado profesor.

Hallábase en un colegio, cuando un cambio repentino en la fortuna de sus padres le hizo aplicarse más á su arte, que tomado por simple distracción, debía ser el manantial de su futura fortuna. Desapareció el lujo, los coches, las comodidades de su casa; su padre, engañado por un estafador que le hizo entrar en una empresa de compra de solares para edificar sobre ellos, empresa que debía ser sumamente lucrativa, malversó los fondos y lo redujo á una situación muy próxima á la indigencia. Entonces Desno-

yer se dedicó al arte del grabado, siéndole más necesario, cuanto que su padre por ser noble tuvo que emigrar en la época de la revolución francesa huyendo del cadalso que ensangrentaron tantas cabezas de los nobles señores franceses. Desnoyer permaneció en Francia durante el Terror, y la apariencia de un simple grabador pudo salvarle de la persecución que hubiera caído sobre su cabeza como hijo de un noble. Derribado el régimen de los terroristas y alzado sobre el trono imperial Napoleón Bonaparte, este hombre que sabía distinguir los genios donde quiera que se hallasen, le encargó grabar su retrato hecho por el celebre pintor Gerard. Quería el emperador que este retrato apareciese en la exposición de 1809. Fué á visitarla; preguntó por el grabado, y dirigiéndose á Desnoyer, á quien se lo había encargado, le dijo que esperaba haberlo encontrado allí; y al manifestarle el artista que no había podido terminarlo:

—Lo siento, dijo el emperador; esta cruz os estaba destinada; y al mismo tiempo guardó en un estuche una decoración de la Legión de honor que llevaba entre sus manos, y se alejó.

Consternado quedó el artista: empero con gran filosofía continuó en sus trabajos, y más tarde, once años después, obtuvo aquella misma ansiada recompensa. Desnoyer viajó por Inglaterra, por Italia, y en todas partes fué perfeccionando su arte. Llegaron á ser tan estimados sus grabados, que otros grabadores de segundo orden falsificaban las estampas poniendo debajo de ellas su nombre. Desnoyer fué en tiempo de Luis XVIII, no solamente condecorado con la cruz de la Legión de honor, si no nombrado miembro del Instituto, caballero de San Miguel, barón, primer grabador del rey y consejero de los museos reales. No solo era artista, sino que siguiendo las nobles tradiciones de su nacimiento, los jóvenes le encontraban siempre dispuesto á ayudarlos con sus consejos, con su influencia y hasta con su bolsillo en caso de necesidad.

El grabado durante la larga carrera de Desnoyer, que murió en París el 16 de febrero de 1857, se vió dos veces amenazado por la litografía primero, y después por la fotografía. Poco satisfecho de los resultados de la litografía, Desnoyer renunció muy pronto á ella; faltó de práctica, probablemente no obtuvo sino contornos débiles y una reproducción pesada. La litografía progresó después, y no podemos menos de proclamar los servicios que ha hecho y los legítimos triunfos que ha merecido á manos hábiles; pero el grabado no ha perdido nada en la lucha, y conserva siempre su puesto.

La fotografía es un rival más temible. Si algun pintor de la antigüedad volviese hoy á la tierra y fuese testigo de las maravillas de la fotografía: «¡Apolo! esclamaría, si, tú eres el dios del sol y de los artistas y al pasar tu carro por el cielo, un rayo de tu luz fecunda traza imágenes mas perfectas y mas variadas que las pinturas de Apeles!» Podría responderse á aquel pintor pagano que Apolo ha tardado muchísimo tiempo en mostrar á los mortales esa ciencia que le cuesta muy poco, y que la luz que dibuja también puede borrar las encantadoras imágenes que produce. Aun tenemos otras maravillas de pintura ¡oh pintor! el hombre doma hoy el espacio y el tiempo, y ese rápido dibujo es el arte que conviene á este siglo de agitación, de movimiento y de celeridad. ¿Pero veis esas planchas

de acero grabadas por un arte paciente é ingenioso? Pues ocultan en sus signos innumerables rayas que atraviesan los siglos; la mano de un artista hábil, guiada por un alma inteligente, ha trazado esos pequeños surcos, y lo mismo que se tallan y cincelan estatuas en el mármol, en granito y en pórfido, se confían al cobre, al acero y á la madera imágenes que no se borran nunca; y si Apolo hubiese enseñado á los atenienses este arte duradero y magistral, que conserva y multiplica, hubiéranse salvado tal vez obras que se han perdido para siempre, y se encontrarían las pinturas de Apéles al lado de los poemas de Homero.

Tal es el poder del grabado; procede de la inteligencia, y su solidez resiste al tiempo. La fotografía ha crecido, y la aguardan nuevos progresos; pertenece á la ciencia como á las artes; auxiliar útil y encantador, reflejo repentino de la verdad, tiene abierto el mundo: empero el arte del grabado no perecerá jamás: sabrá conservar sus méritos y su fuerza. Aun quedan ilustres defensores que lo sostienen por su talento y su fé.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ABNEGACION Y CARIÑO.

CUENTO INDIO.

Habia una vez un jóven llamado Ruron que era hijo de un padre virtuoso. Un día que estaba paseando sin objeto determinado, encontró á una jovencita de una belleza extraordinaria. Luego que supo de quien era hija fué á pedirla en matrimonio, y el padre se la concedió.

Paseábase la preciosa niña por su jardín la víspera de la boda, cuando una víbora que estaba oculta en la yerba la picó en el pié. Al momento su pierna empezó á tomar un color azulado y sintió el frío de la muerte. Algunos instantes despues la infeliz ya no existía.

Ruron se hallaba entregado á la más grande desesperación, cuando oyó una voz del cielo que le decía:

«Si quieres hacer revivir á tu prometida puedes hacerlo; dá en cambio la mitad de tu vida y la volverás á ver.»

Ruron ofreció dar la mitad de su vida, y la jóven revivió y fué la esposa de Ruron.

Vivian ambos contentos y dichosos, cuando la peste invadió al pueblo. Ruron fué atacado, iba á morir, cuando su esposa, que no se apartaba de su lado oyó una voz que bajaba del cielo y que decía:

«Mujer, si quieres dar tu vida por Ruron, vivirá, y despues de tu muerte se casará con otra.»

La pobre jóven respondió:

«Ruron es mi esposo, mi dueño, mi segundo padre; no tengo necesidad de darle mi vida porque le pertenece, y es de él, tómalala y que se salve. ¿Pero por qué ha de haber dispuesto Dios que despues de mi muerte se case con otra?»

Entonces la voz del cielo resonando como un trueno la dijo:

«Mujer, no acuses jamás al Señor del cielo y de la tierra. He querido probarte y has resistido dignamente cumpliendo con tus deberes de esposa. Tu esposo vivirá y tú con él, y jamás se casará con otra mujer.»

SILVAS Y PACHECOS

Ó LOS BANDOS DE MURCIA.

(Conclusion.)

V.

Han pasado dos meses, y en ellos Silva ha cumplido de un modo terrible su palabra. Silva ha abierto las puertas de su ciudad de Huescar, y franqueado á los moros de Granada aquel paso para que un ejército de moros auxiliando á sus parciales llegue hasta las murallas de Murcia.—En vano don Alfonso Pacheco, cuyos odios habian tenido tanta parte en la funesta determinacion de Silva, habia salido con un cuerpo de tropas que habia podido reunir, al encuentro de los moros. Su hueste fué completamente deshecha, siempre en fuga, y el herido habia tenido que volverse á Murcia, con la vergüenza y la rabia en el corazon. Los moros no habian agotado toda su sangre, y su brazo fatigado de combatirlos esperaba impaciente recobrar su vigor para vengar la injuria nueva de los Silvas. Don Alfonso habia sido una de las primeras causas de aquella guerra, y no bastaba á su odio haber prodigado su sangre á la espada de los moros, en su inestinguible odio esperaba prodigar la que la restaba á la espada de sus rivales.

El conde de Villaflores despues de haber defendido valientemente su casa fuerte, habia logrado retirarse de noche haciendo grandes esfuerzos para salvarse, y llevar á su esposa Estrella con su familia de los Pachecos, marchaba á reunirse con el ejército del rey don Enrique de Trastámara, que habia ido á hacer levantar el sitio que el ejército de Abderrhaman habia puesto á Cartagena.

En tanto los moros acaudillados por Silva Tellez habian llegado hasta los muros de Murcia. Débilmente defendida la ciudad, los moros se habian apoderado de los de sus principales puertas, y consternados sus habitantes habian pedido á sus vencedores entregarse sometiendo á las condiciones que les placiese imponerles para librar su ciudad del saqueo y del degüello.—Duras, terribles debian ser estas condiciones en aquella época en que el botín era el principal aliciente de las guerras, y en que se veía á los cristianos y á los moros aliarse y caminar juntos á empresas de que sacaban grandes ventajas.

Silva, dictó sus condiciones.—El pueblo reunido en un consejo las examinó, y como no afectasen más que á tres individuos de una misma familia, fácilmente las adoptó, muy contento de verse libre á tan poca costa.

El odio habia hecho tomar las armas á Silva, y legar como traidor á favor de los enemigos de su patria el pueblo que le habia visto nacer, el odio le inspiró las condiciones que dictaba al ser vencedor.—El pueblo para discutir estas condiciones habia espulsado del consejo que habia formado á los Pachecos y sus parciales, declarándose independiente de su influencia en aquellos terribles momentos del peligro, en los que el deseo de salvarse de las calamidades que le aguardaban le habia hecho sacudir el yugo, que estaba acostumbrado á llevar por tanto tiempo, de aquella poderosa familia. Aprobó fácilmente el pueblo las condiciones del ven-

cedor, las que se reducían únicamente á que le entregasen por esclavos, no como prisioneros, á tres personas, al respetable Pacheco, conde de Lorca y á sus dos hijos, don Alfonso y doña Estrella, mujer del marqués de Villalor. No eran, pues, á la verdad, los moros los que iban á arrancar de su mansión á los individuos de esta familia, antes tan influyente y poderosa en Murcia, sino que cansados de ver entregado su país al arbitrio de sus antiguas discusiones domésticas, habían creído que la esclavitud y su vergüenza eran un acto de justicia.

Agentes estaban en su estancia rodeando á don Alfonso, que se hallaba postrado con su herida, su padre, el anciano conde de Lorca y su hermana doña Estrella, cuando entró un mensajero á anunciarles la fatal resolución del pueblo. Con grande amargura recibieron la noticia de la resolución del pueblo para evitar las terribles calamidades que sobre él iban á caer. Silva Tellez había marcado una hora, dentro de la cual si no se verificaba la entrega de las tres personas que reclamaba, se proponía entrar y llevar la devastación á la ciudad de Murcia, y la obra de su destrucción le era sumamente fácil porque ya la discordia que en ella reinaba había hecho la mitad. No quedaba mas recurso á los Pachecos, que resistir con los parciales que les quedaban á su devoción; mas el incendio que iba á estallar dentro de la ciudad facilitaría y provocaría el incendio de fuera, y el desorden de la revuelta intestina vendría á mezclarse con el desorden del asalto, la guerra con la guerra, la muerte con la matanza, y Murcia caería bajo el doble esfuerzo de sus hijos y de sus enemigos, quedando sumergida completamente en el abismo que le habían abierto los bandos de las familias poderosas que por tan largo espacio de tiempo la habían dividido y desgarrado. Don Alfonso, siguiendo siempre su natural intrépido y valiente, á pesar de hallarse herido, pensó resistir; Estrella estaba triste, y el noble conde de Lorca, aun cuando veía que los guerreros más poderosos y resueltos de la ciudad se encaminaban á su palacio para defenderle y hacer de su cuerpo un baluarte que le pusiera á salvo, hallábase meditando, cual hombre que piensa en una idea grande y repentina. A la noticia de la aprobación de la capitulación por la gente del pueblo, los parciales de Pacheco armados acudieron á los alrededores del palacio de Pacheco, y ya se oía en el interior de sus habitaciones el estruendo que fuera causaban sus voces y el golpeo de sus armas. Entonces el anciano conde de Lorca, asomándose á una de las ventanas, se dirigió á aquella multitud pronta á defenderle, y con grande dignidad y calma, dijo:

—Ahora que la suerte de Murcia está en mis manos, ahora que la ciudad puede salvarse ó perecer por mí, voy á contestar á los que me han sido enviados, que yo, Pacheco, conde de Lorca, que don Alfonso Pacheco, mi hijo, que doña Estrella Pacheco, mi hija, marquesa de Villalor, estaremos mañana apenas despunte el alba en el campamento de Silva Tellez con la cuerda al cuello como esclavos.

—¡Que haceis, padre mio! exclamaron á la vez procurando contenerle sus dos hijos.

Empero él, con noble altivez les impuso silencio, y les dijo:

—Nuestro honor exige el que evitemos las calamidades que pueden caer sobre el pueblo que por nuestras divisiones no hemos sabido desgraciadamente defender. El vencedor recibirá el agravio en su victoria, y lo que dulcifica el horror

de nuestro destino es, que podremos salvando al pueblo espiar nuestras disensiones que le han perdido.

Descontentos obedecieron los parciales de Pacheco la voz autorizada de su jefe, y se retiraron, evitando así un conflicto entre ellos y la gente popular, que resueltos á salvarse, hubieran intentado llevar por la fuerza á ejecución el convenio propuesto por Silva y aceptado por el populacho.

Cuando hubieron quedado solos el padre y los dos hijos, llenos de aflicción por la suerte que les esperaba, se abrazaron tiernamente, y el padre les dijo:

—Oidme. Ambos se acercaron, empero volviendo el rostro porque todavía se odiaban, lo que visto por su padre no pudo menos de decirles: los dos volveis los ojos, los bajais sin duda resueltos á resistir á la suprema voluntad de vuestro padre.

—¡Ay! dijo Estrella con tristeza; cuando yo he querido morir, Dios ha evitado los efectos de mi desesperación y ha querido que el que me ha dado la vida fuese dueño de disponer de ella... Yo os la entrego, padre mio... haced de ella lo que gustéis.

Don Alfonso contestó también con energía:

—¿Y yo, padre mio, podréis impedirme el que sienta que esta herida que se ha detenido en mi brazo no hubiese llegado hasta el fondo de mi corazón?

—¿Y desde cuando, exclamó con fuerza el anciano, la muerte no está á las órdenes de los que la llaman con voz sincera y resuelta?

—Bastante la he pedido yo, padre mio, dijo Estrella.

—Que venga si puede salvarnos de nuestra última afrenta.

—Esa última afrenta será nuestra suprema gloria, y nuestra muerte no debe ser si no la victoriosa consagración de ella, dijo el padre.

—¿Qué queréis decir? le preguntaron con asombro sus dos hijos.

—Que moriremos los tres, contestó con entusiasmo Pacheco, y ese será nuestro último combate. La victoria será del esclavo que besará la cadena donde está escrita la victoria del Señor... Moriremos después de haber completado el sacrificio, después de haber cumplido el juramento que hemos prestado, después de haber salvado á nuestra patria. ¿Y á la hora fatal no os faltará el valor?

—Jamás, contestaron con entusiasmo sus dos hijos.

—Y tú, Estrella, continuó diciendo su padre, á quien la lucha será más penosa porque estarás al lado de aquel que ha sido el amor de tu vida... ¿tendrás fuerzas para morir?

—Porque le amo todavía, contestó con resolución, no me faltará esa fuerza.

Entonces se abrazaron el padre y los dos hijos formando un interesante grupo unidos sus tres corazones. El padre, después de tener entre sus brazos á sus hijos, se separó de ellos y les dió su bendición. Después, sacando de un frasquito un activo veneno que siempre llevaba consigo el anciano, le dividió en tres partes, y al dárselo les dijo que con él llevaban la libertad en la esclavitud.

—Sí, contestó con grande energía Estrella, es la libertad... es todavía más aun.

El padre dió la mano á su hijo don Alfonso, que por el estado de su herida no podía caminar fácilmente, y salieron para ir á dirigirse al campamento de los moros acudillados por Silva y situado á las puertas de la ciudad.

Estrella, resuelta á llevar á cabo un proyecto que había

repentinamente cruzado por su cabeza, se despidió de su padre, diciendo:

—Padre mío, yo llegaré antes que vos... Esta vez no olvidaré el veneno.

VI.

Fuera y al pie de las murallas de Murcia se hallaba el campamento de los moros que había conducido allí Silva Tellez, después de haberlos abierto el paso de su villa de Huescar. Desde él se veían las puertas de la ciudad, y en una tienda de campaña rodeada de moros y aventureros se hallaba dentro preocupado Silva. Un escudero se presentó en las avanzadas del campamento queriendo hablar al gefe; aquel escudero llevaba las armas del marqués de Villafior sobre su pecho, y después de haber hallado bastante resistencia logró al fin poder penetrar en su tienda. Hallábase Silva en ella aguardando con impaciencia el resultado de la intimación que había hecho á la ciudad, que sabía había sido aceptada por sus habitantes deseosos de evitar la matanza y el saqueo. Ya en su presencia el escudero de Villafior le dió una carta de éste, la cual apresuradamente abrió leyendo en ella que le ofrecía un medio para librarse de la vergüenza que había tenido la insolencia de proponer al noble conde de Lorca y á sus hijos, y que este medio era el que en el término de dos horas se hallarían solos y armados en la punta del puente del Segura. Si era vencido, su muerte le libraba de la desgracia que le aguardaba, y si vencedor tendría la libertad de huir... Le daba de plazo para la respuesta media hora, pasada la cual le decía que iría él mismo á buscarle. Admirado quedó Silva de aquella insolencia cuando se creía vencedor, cuando dentro de un momento las puertas de Murcia iban á abrirse pacíficamente para él é iba á tener en su poder á los tres nobles miembros de la familia de los Pachecos como trofeo de su conquista. Miró con altivo desden al escudero y solo le dijo que rehusaba á Villafior vencido, lo que Villafior había rehusado un mes antes á Silva prisionero; que era la única respuesta que tenía que darle.

En aquel mismo momento se oyó una marcha fúnebre y se vió salir por las puertas de la ciudad una fila de hombres y mujeres que caminaban lentamente. En medio de ellos se adelantaba el noble Pacheco y su herido hijo don Alfonso con la cuerda al cuello y en traje de esclavos acompañados de algunos de sus deudos y amigos, que con lágrimas en los ojos y muestras de dolor en sus semblantes presentaban el más triste espectáculo. Estrella no venía con ellos, y esto no dejó de llamar mucho la atención del escudero que había venido á proponer la cita. Vió Silva que habían cumplido los Pachecos su palabra, y él entonces se propuso ejecutar lo prometido á su querida Estrella, la cual, adelantándose horas antes, había venido á su campamento para realizar el proyecto que había concebido, y que se hallaba en el interior de su tienda. Llegaron los prisioneros, y al presentarse á Silva, el noble Pacheco le saludó con el nombre de Ben-Abdallih.

—¿No sabes, le preguntó Silva, mi verdadero nombre?

—¿Los gefes del pueblo de Murcia no han tratado con el teniente de Abderrhaman y el sultán de los enemigos de la cruz no llama á su teniente con el nombre de Ben-Abdallih?

—Razon tienes, conde de Lorca, contestó confundido Sil-

va, en darme ese nombre, porque tal vez le es permitido hacer á Abdallih lo que jamás hubiera hecho un Tellez de Silva.

—Perdona si no viene cabal la cuenta de los esclavos que has pedido; pero en cambio de la que falta puedes escoger uno, dos ó tres, si te place de entre nuestros deudos por precio de la que falta.

—Demasiada vanidad es la vuestra si creéis que Silva Tellez, si así queréis llamarme, os acepte en lugar de la que ha perseguido con su amor hasta sobre las ruinas de vuestra ciudad: y todavía es mayor vanidad si habláis á Ben-Abdallih que debe conocer ahora cual es el valor de una esclava cuya belleza sería una perla en un harem.

—Y bien, dijo con altivez don Alfonso, Silva Tellez ó Ben-Abdallih, ¿qué decides de nosotros?

—Voy á decíroslo; á vosotros, cuyas insolencias han ocasionado mi primer destierro de Murcia; á vosotros, cuyo orgullo ha preferido la alianza de un libertino á la de un valiente soldado; á vosotros, que no habeis sabido encontrar sino en el asesinato la venganza, que los Tellez jamás han pedido sino á la victoria... voy á decíroslo. El amo que os ha querido tener por esclavos, el que ahora os tiene como esclavos, usando de su propio poder os dá la libertad.

Desesperados los dos Pachecos por esta generosa resolución, la tuvieron como una nueva afrenta, y don Alfonso con gesto amenazador, le dijo:

—¿Con que no quieres que la guerra se termine?

—Si la guerra os agrada todavía, vendreis á traérmela á Granada, porque yo de Murcia me llevo todo lo que deseaba.

En aquel momento, haciéndose bruscamente paso por medio de la gente que hallaba á la entrada de la tienda, penetró en ella un hombre que con poderosa voz gritó:

—Lo que te llevarás de Murcia será la cuerda de esclavo, y al mismo tiempo arrojó una en el suelo.

Dió un paso atrás Silva al reconocer en él el marqués de Villafior. Todos le miraron igualmente con asombro. Silva le dijo:

—¿Cómo has osado venir hasta aquí á desafiar mi poder? Guárdate de que tu demencia no canse mi compasión. ¡Hola! dijo gritando á sus soldados, que se lleven inmediatamente de aquí á este hombre. He jurado ser dueño de mi cólera y no quiero precipitarme.

El marqués de Villafior, sereno, tranquilo, al irle á prender los soldados moros, desplegó un pergamino donde se hallaban las armas de Adderrhaman y con aire firme les dijo:

—Comenzad por desarmar á ese... Y al mismo tiempo señalaba á Silva, y romped las cadenas vergonzosas de estos caballeros, señalando á las cuerdas que al cuello llevaban el conde de Lorca y su hijo. Los moros se adelantaron, acercándose unos á Silva, mientras otros cortaban las cuerdas que los Pachecos llevaban.

—¡Atras, soldados! ¿No soy vuestro gefe? dijo con tono imperioso Silva.

—Obedeced, dijo el marqués de Villafior, dándoles al mismo tiempo la orden de Abderrhaman.

Dejó caer al suelo Silva su espada y quedó anonadado, diciendo únicamente:

—¡Ah, era la traición la que me perseguía!

—La traición queda para tí, marqués de Huescar, dijo Villafior.

Asombrados estaban todos de aquel imprevisto y repentino cambio que no sabían á que atribuirlo, cuando el mismo Villafior se encargó de darles conocimiento de la causa de aquel maravilloso suceso.

—Como la desgracia, les dijo, enseña á los hombres todo de lo que son capaces... como la pérdida de toda esperanza les dá audacia á emprenderlo todo... si la ciudad hubiese estado llena de soldados resueltos á defenderse y no hubiéramos tenido en contra esa multitud que nos atacaba con todas las probabilidades de vencernos, no me hubiera separado de vosotros, mis nobles amigos Pachecos; juntos hubiéramos prolongado una lucha en que la victoria hubiera permanecido incierta... Pero desde el día en que entré en Murcia, medí el peligro y preví la derrota. Yo hubiera podido muy bien buscarte en medio de tu ejército, Silva Tellez, pero tu muerte hubiera dado lugar al nombramiento de otro teniente de Abderrhaman, y entonces me resolví á herir esta guerra en su corazón. No he podido encontrar mas que diez hombres resueltos, prontos, rápidos y de brazo de acero, que nada turbe, ni el peligro, ni la muerte, ni la victoria... Marchamos hace dos días, y corrimos á galope tendido con nuestro caballo hasta llegar á las inmediaciones del campamento de Abderrhaman, les dí la primera noche para descansar, mientras que con el traje de un moro examiné el orden admirable de aquellas mil tiendas levantadas delante de Cartagena; una ciudad de lienzo contra una ciudad de piedra. Al día siguiente, ayer, hechos todos nuestros preparativos, desembarazados de nuestras pesadas armaduras, matamos nuestros caballos, para que no nos descubrieran sus relinchos. Llegada la noche, caminamos todos los diez: dos centinelas que degollamos, nos proporcionaron la primera entrada en el campamento... Ibamos de dos en dos, caminando casi de puntillas, con paso mas ligero que el de una madre que acude al lecho de su hijo enfermo, adelantando lentamente encontrando aquí y allí grupos de infieles dormidos. Cuando la muerte habia asegurado su silencio, continuábamos... Al segundo recinto donde estaban colocados innumerables caballos de aquel ejército innumerable; más tranquilos ya, elegimos y desatamos los que debían de servirnos en nuestra fuga, porque no íbamos á combatir. Allí dejé á seis de mis compañeros para guardar los caballos, y el otro y yo penetramos en el último recinto, donde Abderrhaman velaba, segun dicen, rodeado siempre de su vigilante guardia.

Hay precauciones que son como ciertos valores, que el mismo que se atreve á atacarlos los ve desaparecer... Llegamos; todos estaban durmiendo en el campamento... Entonces, de recodo en recodo, de tienda en tienda, arrastrándonos por el suelo como unas serpientes; parándonos al menor ruido, llegamos hasta el pabellon real sobre el que ondeaba el estandarte de Mahoma. Abderrhaman no dormía: detrás del lienzo que nos separaba de él, le oímos andar murmurando sordas palabras... Aguardábamos inmóviles, con el rostro pegado al suelo para contener nuestros ábitos... de repente la voz de un ulema penetrando en el silencio de aquella noche de muerte, anunció la hora de la oración. Abderrhaman se paró... volvió á quedar todo en silencio: yo escurreí mi cabeza por debajo de la tienda... Se hallaba de rodillas postrado en el suelo invocando á su falso profeta, en la meditacion y recogimiento... Entonces entramos... nos oye, se vuelve... pero antes de que las rodillas

podieran alzarse del suelo le arrojamos un albornoz al rostro para sofocar sus gritos, y atamos con una cuerda sus manos y sus pies... Un instante despues salia yo de la tienda con mi carga real al hombro... Cinco minutos despues le colocaba en uno de mis rápidos caballos de aquellos que son el orgullo y la riqueza de la Arabia, y despertábamos el campamento delante entero al ruido de nuestra desenfrenada carrera, ¡dejando á aquel ejército sin jefe, y á todo aquel pueblo sin rey!

Asombrados quedaron todos con aquella maravillosa relacion. Solo Silva, dudando aun, se atrevió á decirle:

—¡No es posible!

—La prueba, contestó Villafior, la tienes en que todo me obedece aquí. ¿No comprendes que para conseguir su libertad Abderrhaman ha concedido la retirada de su ejército, la restitucion de los pueblos que habia ocupado, la libertad de Murcia, y tu persona para mi esclavo?

—¿Y tú te has apresurado á aprovecharte de esa ventaja contra mí?

—¿No está ahí todavía, le contestó Villafior, mi escudero, que te ha traído un mensaje mio retándote á singular combate como caballero bueno y leal? Ahora ya es tarde, desde el momento en que has dejado salir de las puertas de Murcia al noble Pacheco y á sus hijos. Tú mismo te has condenado al infame castigo que querías imponerlos... Yo debo de dar cuenta de tu cabeza al rey, á todos los nobles ultrajados, á la España entera, á quien has hecho traicion.

—Cualquiera que te oyese, le respondió con desden Silva, diria que yo te pido ese duelo, ese combate de caballeros... Mi victoria está demasiado bien escrita sobre esos desmantelados muros de Murcia para que tenga necesidad de un nuevo triunfo... Lo que me propuse al emprender esta lucha fué mi venganza, Villafior... y la venganza la ha conseguido Silva Tellez, vencido, cautivo, esclavo, más aun que Silva vencedor.

Creían todos que Silva con su jactancia trataba de burlarse de ellos, y el respetable Pacheco quiso con el ejemplo que acababa de dar persuadirle que hay momentos en que el verdadero valor consiste en someterse á su destino, en resignarse á la desgracia. Silva, lejos de creerse vencido, se ostentaba con todo el aire de vencedor, y así le decía:

—¿Cuál ha sido la causa primitiva de tantos odios, de tantos dolores, de tantos combates? Tu hija que has arrojado en brazos de Villafior para arrancármela: tu hija que has condenado á la muerte para arrancármela; porque yo que sé á que precio habeis aceptado la esclavitud: tu hija á quien tú herirías con tu propia mano antes que verla en mi poder... Todos sabeis que no es Murcia lo que yo trataba de conquistar, no era la ciudad que contra mí defendíais, era Estrella... Y bien, vosotros ahora vencedores, tú, su padre, tú, su hermano, tú, su marido, decidme: ¿dónde está la que nos hemos disputado sobre las ruinas de la patria? ¿Dónde está tu hija, Pacheco? ¿Dónde está tu hermana, don Alfonso? ¿Dónde está tu mujer, marqués de Villafior? ¿Está acaso en poder de los vencedores esa conquista que tanta sangre os ha costado?... ¿Está en la tienda del cautivo... del esclavo... es mía... y esa es mi venganza! ¡Miradla!...

Y al mismo tiempo descorriendo una cortina de uno de los departamentos de su tienda, dejó ver en el interior de ella á Estrella, que, levantándose apoyada en sus criadas, se adelantó hacia la puerta.

Un grito de admiración y espanto hizo prorumpir á todos:

—¡Estrella!

Y luego quedaron mudos como embargados del asombro que les causara aquella inesperada visión.

Apenas se recobraron, Pacheco exclamó:

—¡Maldita seas, infame!

—¡Miserable! murmuró don Alfonso.

—Y es esta, señora, dijo Villafior, la recompensa de mi generosidad por él.

Gozábase al verlos en tanta confusión y abatimiento Silva Tellez, que con insultante tono y despreciativo ademán, dirigiéndose á todos ellos les dijo:

—Ahora cargadme de cadenas, y marcad á vuestro esclavo con un hierro ardiendo. ¡Os he herido en el corazón con una herida que por largo tiempo destilará sangre, y he arrojado á vuestro rostro una afrenta que nunca se borrará!...

Estrella trémula, vacilante, pudiendo apenas sostenerse en pie, oía los insultos que á los suyos dirigía su amante, cuando le interrumpió diciendo:

—¡Ánimo, señores, ánimo! ¡herid todos juntos el corazón de la pobre mujer que cada uno ha atormentado á su modo!... arrojad la maldición sobre su cabeza... escupid la vergüenza sobre su rostro... He llegado al puerto desde donde con frente severa y tranquila pueden desafiarse los insultos, la desgracia... la esclavitud...

—Yo te había enseñado, la dijo su padre, como se escapa de ella.

—Y yo no he olvidado vuestras lecciones, contestó con firmeza Estrella.

—Tú, que has huido al campo de tu amante, dejándonos el veneno que debía librarnos á los tres juntos.

—¡He guardado mi parte, contestó con una sonrisa indefinible, y ha sido bastante para mí y para ti... Silva!

—¿Qué, exclamó Silva, para quien aquellas fatídicas palabras eran toda una revelación, que, cuando ahora hace poco venías llena de amor á mi tienda, adelantándote á tu familia, y echándome tus brazos al cuello me decías: Ya no nos volveremos á separar más... era la muerte lo que me traías?

—Sí, contestó Estrella, no tardarás en sentirla llegar, pues yo la siento discurrir ya por mis venas. Yo traía la muerte al vencedor que ultrajaba la vejez de mi padre. Dios ha querido que la trajese al vencido á quien los míos ahora quieren hacer igual ultraje.

—¡Tú!... ¿has hecho eso, Estrella?

—Sí, Silva, contestó palideciendo y con voz entrecortada y moribunda Estrella. Debes perdonarme; ahora lo que era tu castigo se ha convertido en el único medio de salvación.

—Gracias, gracias, exclamó Silva, corriendo á echarse en sus brazos, gracias por tu último beneficio... No le pertenecerás ya... solo serás de tu amante... y te llevaré conmigo al sepulcro, en donde nadie podrá arrancarte de mis brazos.

El noble anciano Pacheco se lanzó entre su hija Estrella y su enemigo mortal Silva, para arrancarlos de aquel supremo y último abrazo en que parece trataban de exhalar el último suspiro.

Su hija, estendiendo los brazos hacia Silva, decía con voz entrecortada á su padre:

—Padre, había venido aquí á morir por vos, dejadme morir por él.

Y sus ojos se nublaron y su lengua calló para no volver más á articular palabra alguna... Cayó desmayada, y aquel desmayo fué en breve la muerte.

Silva, arrebatado de los brazos de Estrella por los Pachecos, volvía hacia ella la vista, y en el cielo esperaba encontrarse con su amante.

El veneno que discurría por sus venas puso en pocos momentos fin á su existencia.

Pacheco, el infeliz padre, lloraba ante la vista del cadáver de su hija; don Alfonso estaba furioso viendo que la muerte había librado á su antiguo enemigo del castigo que reservaba á su traición.

El marqués de Villafior veía impotente su furor contra su rival, y lloraba al contemplar inanimado el cuerpo de aquella hermosa mujer por cuyo amor se había lanzado al crimen, y de la que había creído hacerse perdonar un día á fuerza de respetuoso cariño y de nobles y generosas acciones.

Contemplaba con dolor los funestos efectos del odio que había abierto aquella tumba, y ante ella propuso á los Pachecos que se extinguiese aquel odio con que habían por tantos años ensangrentado la ciudad de Murcia los bandos de los Pachecos y de los Silvas. Así lo juraron las dos nobles familias, eternas é implacables rivales!!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

Uno de los argumentos que emplean contra la Providencia creo que no es de gran fuerza. Se dice: las tempestades, las estaciones improductivas, las serpientes, las arañas, las moscas y otros muchos animales dañosos y perjudiciales, así como otras cosas parecidas, manifiestan la imperfección de la naturaleza pues la vida del hombre sería mucho más fácil y cómoda sin ellas; pero la Providencia se ve claramente en esa disposición. El movimiento del sol y de la luna, en una palabra, el sistema entero del universo, nos manifiesta el mayor grado de perfección y regularidad: como Dios ha dado al hombre el poder de remediar las cosas ya por el pensamiento ya por el trabajo, ha colocado las cosas imperfectas á su vista á fin de estimular la actividad humana, sin la que la vida se extinguiría, ó mejor dicho, no podría existir.

SWIFT.

El hombre no ha sido colocado sobre la tierra únicamente para vivir sino para engrandecerse y desenvolverse según los designios de Dios, la riqueza y fuerza de su naturaleza.

GUIZOT.

DECALOGO DE LINNEO. (1)

1.º Cree firmemente (según lo que enseñan el espectáculo de la naturaleza y de la experiencia) en un Dios que ha creado, conserva y gobierna el mundo; que ve, entiende y sabe todo y en presencia del cual tú eres nada.

(1) Extracto de la *Némesis divina*, manuscrito de Linneo, hallado en 1840 en la biblioteca del doctor Verell. Este manuscrito es una colección de consejos dados por Linneo á su hijo.

2.º No pondrás nunca á Dios por testigo en una causa injusta.

3.º Considera los designios de Dios en la creacion. Cree que Dios te conserva y conduce todos los dias, y que todo bien y todo mal es derivado de su ley santa.

4.º No seas ingrato y vivirás largo tiempo.

5.º Guárdate de matar á nadie. La falta cuyas huellas no se pueden borrar no puede ser perdonada. La muerte no es reparable sino es con la muerte.

6.º Respeta mucho á la mujer, y tú, mujer, no te dejes arrastrar por el corazon del hombre.

7.º Desecha toda ganancia ilícita.

8.º Si eres hombre de honor y consecuente en tus palabras, todos te amarán.

9.º No abrigarás en tu corazon la perfidia, pues tal vez tú mismo experimentarás sus fatales efectos.

10.º No procures fundar tu dicha en viles y despreciables intrigas.

LAS PASIONES HUMANAS.



LAS PASIONES DE LA MUJER SEGUN SUS EDADES.

1.º Ama los dulces.—2.º Las muñecas.—3.º El miriñaque.—4.º El vals.—5.º El tresillo.—6.º El rapé.